

Las pasiones trágicas

Tragedia y filosofía de la vida

REMEDIOS ÁVILA

Trotta, Madrid, 2018, 213 pp..



La interesante problemática que plantea el último libro que acaba de publicar la catedrática de filosofía de la Universidad de Granada, R. Ávila, tiene que ver con la relación entre las pasiones y la tragedia. *Las pasiones trágicas. Tragedia y filosofía de la vida* (Trotta, 2018) cuenta con una sugerente introducción en la que la autora se aproxima a cuatro componentes fundamentales de la tragedia y lo trágico: el conflicto entre lo necesario y lo imposible, la fortuna, el carácter y las pasiones. El análisis de estos cuatro elementos además permite al lector seguir el itinerario intelectual de la autora en la reflexión que aquí nos propone, y discernir su propia posición, perfectamente razonada y justificada, en los estudios filosóficos acerca de la tragedia y las pasiones. En el análisis del primero de los elementos de lo trágico, están presentes obras clave en los estudios sobre la tragedia como la de J. M. Domenach, Cl. Rosset, J. Monnerot, W. Kaufmann, o E. Trías, entre otros. R. Ávila establece además un diálogo virtual, muy evocador, entre M. Nussbaum y H. Arendt a propósito del infortunio, y entre la filósofa norteamericana y R. Sennet acerca de la corrosión y corrupción

del carácter. En cuanto a la reflexión sobre las pasiones trágicas, en la que reside el nudo central de este estudio, la autora se desmarca del uso tópico que actualmente se hace de la inteligencia emocional, y en general, de la tendencia a sustituir la racionalidad por los sentimientos. “La óptica desde la que se reflexiona aquí sobre las pasiones es la del discurso de una razón que no se opone a las pasiones, pero que tampoco queda sustituida por ella. Podemos reconocer una cierta “verdad” en las emociones, - escribe R. Ávila- pero éstas no pueden sustituir nunca el discurso de la razón” (p. 20). La relación entre verdad, ser y tragedia ocupa un lugar destacado en esta obra. En primer lugar, las grandes obras trágicas nos enseñan, según la autora, algo fundamental acerca de la vida y de las posibilidades de actuación dentro de ella. Por otra parte, dichas obras ofrecen un sentido al sinsentido de la existencia, sublimando el dolor con la belleza. Para componer los argumentos que avalan estas dos afirmaciones, la autora recurre a dos conceptos clásicos fundamentales, el de mimesis y el de *kátharsis*. Pero hay una tercera razón que ella subraya y que apunta a la dimensión ontológica del arte y la literatura. La lectura de una obra –escribe– amplía nuestro horizonte, nuestro ser y cumple nuestro deseo de “ser más de lo que somos”, en referencia a C. S. Lewis (pp. 20-22).

En cuanto al contenido del libro, se desarrolla en tres partes. En la primera parte, se intenta definir una filosofía u ontología trágica, que dilucida el significado de la expresión “modo de ser” para mostrar la doble dimensión, teórica y práctica, de la afectividad. El primero de los capítulos que componen esta primera parte se inspira en la filosofía de Heidegger. El segundo toma como hilo conductor a la filosofía de Gadamer, y, en este caso, se establece una interesante relación entre la comprensión y la compasión, que culmina en una pregunta sobre los límites de ambas. El objetivo del tercer capítulo es abordar la cuestión de las posibilidades del fracaso de la comunicación y de las distorsiones del lenguaje, en el contexto de la relación entre lenguaje y afectividad. En este tercer capítulo es el resentimiento la pasión objeto de estudio, y en concreto, la capacidad que ésta tiene de pervertir el lenguaje. Se trata, además, de un capítulo de claros ecos nietzscheanos en los que la metodología genealógica y la importancia del lenguaje en el origen y la evolución de los valores, están muy presentes. El capítulo además concluye con una importante referencia a la actualidad del análisis nietzscheano de la figura del sacerdote.

La Segunda Parte de este estudio se centra en las pretensiones de verdad de la tragedia y de la literatura desde tres perspectivas: la platónica, la aristotélica y la nietzscheana. En el capítulo 4 se parte de un análisis pormenorizado de las razones por las que Platón distinguía claramente entre literatura y filosofía para señalar la relación privilegiada de ésta última con la verdad y con la moral. En contraste con la crítica platónica al arte y los poetas, y de la mano de Nietzsche, pero también

de otros novelistas contemporáneos como M. Vargas Llosa, o C. Magris, se trata aquí de recuperar el valor de la literatura y de la ficción para la vida, puesto que la literatura, según la autora, es un “juego serio” que nos permite comprendernos a nosotros mismos y a los demás, e incluso vivir mejor la propia vida (p. 111). En este sentido, concluye R. Ávila, podríamos decir que la literatura tiene un cierto valor de verdad. Y justamente de ahí parte el capítulo 5, dedicado a analizar los conceptos de “Mímesis, verosimilitud y piedad”, desde la óptica de Aristóteles y de Nietzsche. Aunque la autora reconoce que los puntos de vista de ambos filósofos son en algunos casos muy diferentes y hasta opuestos, realiza una lectura en paralelo de ambos que propicia una novedosa concepción del valor de la tragedia, de sus pretensiones de verdad y de sus efectos terapéuticos. Tanto para Aristóteles como para Nietzsche la mimesis y la verosimilitud están en estrecha conexión. Pocos estudios han destacado la importancia que tanto la verosimilitud como la piedad (*Frömmigkeit*) tiene en la filosofía de Nietzsche. R. Ávila, que ya había realizado un análisis de este último afecto en su obra *La reflexión metafísica como piedad del pensar*, añade ahora argumentos a partir de la lectura de la conferencia titulada *La visión dionisiaca del mundo*, y algunos extractos de *El Nacimiento de la tragedia*.

Junto con el capítulo 5, el capítulo 6 es uno de los capítulos teóricamente más complejos de la obra y también por ello de una gran riqueza filosófica. Si en el capítulo anterior se rescata para el arte una pretensión de verdad a través del concepto de mimesis, en el capítulo 6 y a través del análisis de la *kátharsis*, se ofrecen razones para defender los efectos terapéuticos de la tragedia. Se dilucidan tres interpretaciones del sentido de la *kátharsis* en Aristóteles: la interpretación intelectualista, la interpretación médica o psicoanalista, y la interpretación que subraya el conocimiento emotivo, en la que se inscribe la autora, y que señala que la *kátharsis* en Aristóteles lo es del miedo y de la compasión no patológicos, pero a través del miedo y de la compasión (pp.136-139).

Además de Aristóteles y Nietzsche, Platón, Spinoza y Schopenhauer están muy presentes en la Tercera Parte del estudio. Esta última parte está dedicada a dilucidar el ser y el valor de dos pasiones especialmente vinculadas con la tragedia: el miedo y la compasión. En el capítulo 7, titulado “La ambivalencia de las pasiones trágicas: Platón y Aristóteles”, se contraponen la moral heroica basada en la valentía y la autarquía, que caracteriza a la posición de Platón, con la posición más matizada de Aristóteles, en la que se admite el valor de la valentía, pero también del miedo y la compasión y se reconoce el papel que en la vida juegan la fortuna y los bienes exteriores para una vida plena. Por otra parte, en el capítulo 8, R. Ávila elabora una aproximación muy estimulante a la filosofía de Spinoza y su crítica de las pasiones trágicas en razón de la defensa de las pasiones alegres. Aunque también

para Spinoza la ética es un camino de liberación de la tiranía de ciertas pasiones, el filósofo holandés realiza una genealogía que permite distinguir entre aquellas que son nocivas y contra las que hay que luchar (las tristes) y aquellas cuya fuerza hay que aprovechar, porque permiten que la razón trabaje para lograr mayores cotas de felicidad, virtud y libertad. Estas son las pasiones del deseo y la alegría.

Tras el capítulo 9, dedicado a analizar la visión schopenhaueriana de la tragedia como el arte más elevado, después de la música, que enseña, a través del miedo y especialmente la compasión, la negación de la voluntad de vivir, en el último capítulo del libro, uno de los más evocadores, R. Ávila realiza un análisis riguroso, y al mismo tiempo sumamente original, de textos clave de *Así habló Zaratustra* – especialmente destacable el comentario del prólogo- sobre el fondo de otros importantes escritos de Nietzsche como *El nacimiento de la tragedia* o *Ecce homo*. La figura del bufón, el funámbulo y la acción de Zaratustra en la escena quedan perfectamente delineados y definidos, perfectamente interpretados los símbolos de la obra y sus metáforas. Se trata de un análisis lleno de matices y muy estimulante para el pensamiento. En la visión que la autora nos ofrece, lejos del tópico y a pesar de sus frecuentes críticas al platonismo, Nietzsche se aproximaría más al pensamiento de Platón (y al de Spinoza), que al de Aristóteles y Schopenhauer, en lo que respecta a su valoración de las pasiones trágicas. “El *valor* que Nietzsche opone al miedo, y la *dureza-amistad*, que opone a la compasión, - escribe Ávila- cabe entenderlos en la línea de los afectos activos sobre los que Spinoza reflexiona en su ética. Y en cualquier caso, para ambos, como para Platón, el referente es la fuerza frente a la debilidad” (p.210) También la autora dibuja un retrato de Zaratustra en el que caben muchas notas singulares. Es un hombre noble que conoce el miedo y lo supera. Es un tipo psicológico propenso a la compasión y a la melancolía, pero también logra superarlas con el auténtico amor que hace regalos y con el humor (p. 205). La risa que redime también es atributo suyo. Ese personaje, que es el verdadero protagonista de la tragedia, aún lo sublime y lo cómico – afirma R. Ávila-, de modo que nos mantiene alertas contra la tentación del espíritu de la pesadez, y aligera el peso excesivo con jovialidad (p. 211).

En definitiva, tanto el investigador especializado como el lector interesado encontrarán en esta obra una estimulante reflexión filosófica acerca de las pasiones trágicas, perfectamente vertebrada, e impecable en su escritura y en su argumentación. El efecto que produce su lectura es, como decía Nietzsche acerca del mejor arte, un tónico vital. Supone una experiencia tan placentera como instructiva que no podemos dejar de recomendar.

INMACULADA HOYOS SÁNCHEZ